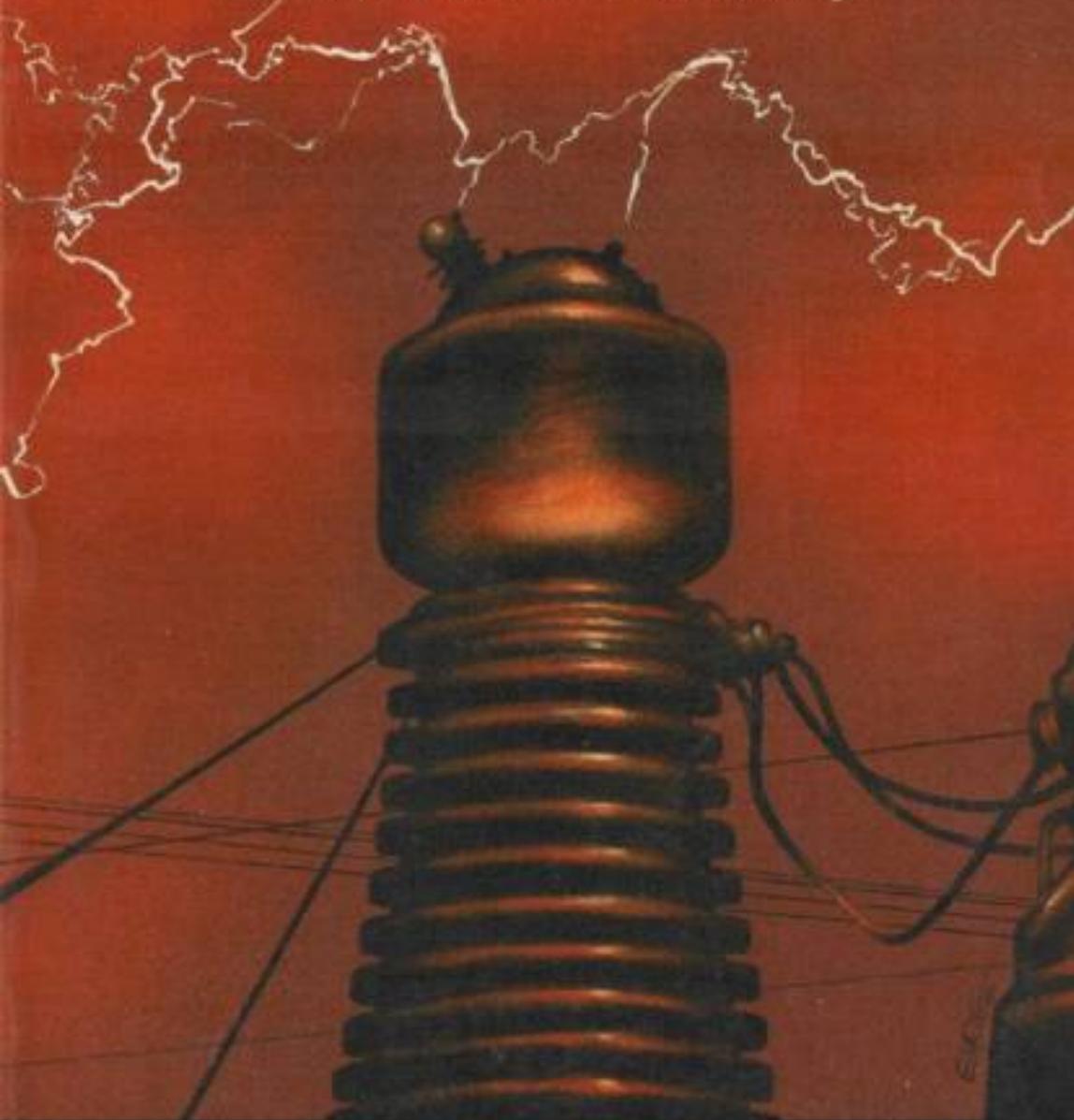


EL LARGO CREPÚSCULO

Keith Laumer

La épica de una lucha milenaria entre dos seres
inmórtales, en el marco del avance de la tecnología



Un prisionero cuyo historial se pierde en la Guerra Civil norteamericana y que escapa de una forma imposible de una prisión de altísima seguridad...

Un hombre con el cuerpo cubierto de cicatrices y una fuerza sobrehumana surgido de ninguna parte...

Una nueva tecnología de distribución de energía que bruscamente se ve apresada y dominada por fuerzas desconocidas...

Una tormenta en las cercanías de las Bermudas que amenaza con destruir toda la costa este de los Estados Unidos...

¡Y, a través y por encima de todo ello, dos superhombres inmortales que acuden a una cita en la cima de una montaña perdida donde, desde tiempos inmemoriales, aguarda una nave para cumplir con su misión que destruirá el planeta Tierra!

Prólogo

Aquí en la oscuridad y el silencio sueño en Ysar. En el espejo de mi mente veo de nuevo sus torres y sus minaretes alzarse en el eterno crepúsculo de sus cielos amarillos, arrojando largas sombras a través de los prados y los estanques y las avenidas enlosadas por donde hace mucho tiempo cabalgaron en procesión los ejércitos victoriosos bajo los brillantes estandartes. La ambarina luz resplandece en los árboles en flor y las esculpidas fachadas de los enjorjados palacios. Una vez más oigo en mi memoria la música de los cuernos anunciando la llegada de los triunfantes príncipes.

Recuerdo las voces y los rostros de los hombres y las mujeres, de los guerreros y las reinas, de los comerciantes y los virreyes, de los orfebres y los cortesanos, de todos aquellos que han vivido y han recorrido esas calles, han descansado junto a esos estanques y fuentes, bajo la luz ocre del sol que siempre se pone en Ysar. Y veo las inconquistables naves llenas de cicatrices, orgullosos restos de lo que en su tiempo fue una gran flota, fieles a su antiguo juramento, alzarse sobre columnas de fuego para emprender el rumbo hacia el exterior, para enfrentarse una vez más al enemigo.

Aguardo aquí, en la oscuridad y el silencio, y sueño en Ysar la muy amada; y juro que regresaré a ella, aunque sea en el fin de los tiempos.

UNO

1

Un hombre estaba sentado en un pequeño escritorio al lado de una ventana abierta, escribiendo con una pluma de punta de acero pasada de moda que mojaba a intervalos regulares en un recipiente de negroazulada tinta. Una suave brisa marina agitaba la cortina, trayendo consigo un olor a sal y algas. Muy lejos, una campana dio las seis de la tarde.

El hombre escribió una línea, la tachó, permaneció sentado contemplando los prados y los jardines. Su rostro era de rasgos fuertes y mandíbula cuadrada. Su pelo gris se pegaba a su cráneo de formas delicadas. Sus dedos eran gruesos y de puntas cuadradas; unos dedos poderosos.

—¿Escribiendo de nuevo poemas, señor Grayle? —sonó de pronto una voz desde la puerta detrás del hombre. Este se volvió con una débil sonrisa.

—Cierto, Ted. —Su voz era profunda, suave, con un débil rastro de acento.

—Le gusta escribir poemas, ¿verdad, señor Grayle? —Ted sonrió en suave conspiración.

—Hummm.

—Hey, es la hora del juego, señor Grayle. Supongo que no ha oído la campana.

—Supongo que no, Ted. —Grayle se puso en pie.

—Vaya, oh vaya, los Azules van a barrer a los Rojos esta noche, ¿eh, señor Grayle? —Ted se echó a un lado cuando Grayle salió al amplio y bien iluminado corredor.

—Seguro que lo haremos, Ted.

Recorrieron el pasillo, donde otros hombres salían también de sus cubículos.

—Bien, esta noche es la noche, ¿eh, señor Grayle? —dijo Ted.

—¿Esta noche? —inquirió suavemente Grayle.

—Ya sabe. Se pone en marcha el nuevo sistema de energía. Recogida simplemente del aire. Estupendo, ¿eh?

—No lo sabía.

—No necesita leer usted mucho los periódicos, ¿verdad, señor Grayle?

—No mucho, Ted.

—Vaya, oh vaya. —Ted agitó la cabeza—. ¿Qué es lo que harán a continuación?

Cruzaron un patio al aire libre, atravesaron una arcada y salieron a un amplio y herboso prado. Hombres vestidos con ropas sencillas y bien cortadas de una sola pieza, algunos llevando un brazal rojo, otros uno azul, formaban grupos y hablaban, pasándose de unos a otros una pelota de béisbol.

—Vayamos a por ellos, señor Grayle —dijo Ted—. Demostrémosles las viejas cualidades.

—Tienes razón, Ted.

El hombre llamado Ted se reclinó contra una columna, con los brazos cruzados, y observó mientras Grayle se dirigía a reunirse con su equipo.

—Hey, ese es el tipo, ¿verdad? —dijo una voz detrás de Ted. Este se volvió y agitó la cabeza, con el ceño fruncido, al joven que había aparecido a sus espaldas.

—¿Qué tipo?

—El hombre misterioso. He oído hablar de él. Nadie sabe cuánto tiempo lleva aquí. He oído decir que mató a un tipo con un hacha. Visto, no me parece gran cosa.

—El señor Grayle es un hombre como corresponde, novato —dijo Ted—. Se han dicho muchas tonterías acerca de que nadie sabe cuánto tiempo lleva aquí. Mantienen registros, ¿no? Ellos lo saben, ¿de acuerdo?

—¿Cuánto tiempo llevas tú aquí, Ted?

—¿Yo? Cinco años, ¿por qué?

—Hablé con Stengel; él lleva diecinueve años. Dice que el hombre ya estaba aquí entonces.

—¿Y?

—No parece tan viejo como eso.

—¿Cómo se supone que debería estar, hecho una pasa? Quizá tenga treinta y algo, quizá cuarenta y cinco. ¿Y qué?

—Siento curiosidad, eso es todo.

—Ja —dijo Ted—. Vosotros los tipos universitarios. Tenéis demasiadas teorías en la cabeza.

El otro se encogió de hombros. Los dos guardias siguieron observando mientras se formaban los equipos para el partido nocturno entre los reclusos de la Penitenciaría Federal de la isla Caine.

2

Era una estancia larga y estrecha, penumbrosa, sucia y vieja, con el olor de generaciones de cervezas derramadas. La débil luz del sol de última hora de la tarde se filtraba a través del turbio cristal de la gran ventana, donde unas chillonas letras luminosas azules proclamaban FANGIO'S a la inversa. Un hombre con doble papada y calvo cráneo ocupaba la parte de atrás de la barra, hablando con un hombre bajo y de rápidos ojos que permanecía inclinado sobre un taburete cerca de una difunta máquina de discos cargada con ondulados discos cinco años pasados de moda. En un rincón, un hombre con el rostro horriblemente lleno de cicatrices permanecía sentado hablando consigo mismo. Iba vestido con un caro traje gris, polvoriento y manchado. Un reloj de oro resplandecía en su muñeca, visible bajo el ennegrecido puño de su camisa mientras gesticulaba.

—El pobre diablo está acabado —dijo el hombre bajo, mientras contemplaba al solitario bebedor por el deslucido espejo situado en un hueco entre el montón de botellas de *whisky* de la parte de atrás de la barra—. ¿Has visto ese fajo?

Los ojos de Fangio se movieron a la izquierda, a la derecha, de nuevo a la izquierda, mientras rascaba los restos de comida de un plato descascarillado.

—¿Has visto a Dinamita por ahí? —murmuró.

Los párpados del hombre bajo hicieron un leve gesto afirmativo.

Fangio dejó a un lado el plato y se secó las manos en su chaqueta.

—Tengo que ir atrás —dijo—. Échale una mirada al lugar. —Se alejó, se metió de lado por una estrecha puertecita. El hombre bajo fue a la cabina telefónica al extremo de la barra y tecleó un número; habló, sin dejar de observar al hombre de las cicatrices.

Una mujer entró por la doble puerta de cristal negro. Era de mediana edad, un poco regordeta, muy maquillada. Se sentó en uno de los taburetes de la barra, miró a su alrededor y dijo:

—Hey, que salga alguien. Hay una dama esperando.

El hombre bajo abrió la puerta de la cabina de un puntapié.

—Lárgate, Wilma —dijo con voz baja y urgente—. Fangio no está aquí.

—¿Quién eres tú, el vigilante nocturno?

—He dicho que te largues.

La mujer le hizo una mueca con la boca.

—Me serviré yo misma. —Se dirigió hacia la parte de atrás de la barra. El hombre bajo saltó hacia ella, la sujetó por su brazo lleno de pulseras, se lo retorció salvajemente. Ella dejó escapar un grito y le lanzó una patada.

Las puertas resonaron cuando entró un hombre regordete vestido con un informe mono gris. Se detuvo en seco y los miró a los dos. Tenía un rostro ancho y muy moreno, recio pelo negro; su mandíbula y la línea del pelo estaban salpicadas por antiguas huellas de acné.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir.

—Hola, Dinamita —dijo el hombre bajo—. Te estaba llamando. —Soltó a la mujer, que bufó y se arregló el vestido. El hombre bajo inclinó la cabeza, en un gesto hacia la ocupada mesa del rincón.

Dinamita lanzó a Wilma una mirada asesina.

—Lárgate —dijo. Ella se escurrió tras él y salió apresuradamente por la puerta.

En el rincón, el hombre de las cicatrices estaba abriendo y cerrando su puño.

—... el pájaro dorado de Ahuriel —dijo—. Una vez alzado el vuelo, nunca más vuelve a ser capturado...

—¿De qué está hablando? —preguntó Dinamita.

El hombre bajo sacudió la cabeza.

—Está hecho un lío. —Se dirigieron hacia allá, se detuvieron al lado de la mesa. El hombre de las cicatrices les ignoró.

—Prueba la presa de izquierda.

Dinamita adelantó una mano, cogió con un movimiento muy practicado el brazo del borracho, se lo echó hacia atrás, y forzó su rostro contra la mesa. Un vaso cayó. Dinamita adelantó la otra mano por detrás del hombre sentado, palmeó su bolsillo trasero, extrajo un fajo de billetes doblados por la mitad. El de fuera era de cincuenta. Sujetando aún el brazo del propietario, abrió el fajo.

—Hey —dijo—, zapatos nuevos para los niños.

Soltó el brazo del hombre y retrocedió. La víctima siguió derrumbada sobre la mesa, inmóvil, con la mejilla contra la madera.

Apenas habían dado dos pasos cuando el hombre de las cicatrices saltó en pie con un único y rápido movimiento, cerró como una tenaza su brazo en torno a la garganta del hombre regordete y le obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Quieto, hijo de una bruja! —siseó. Su rostro estaba moteado, crispado, contorsionado—. ¿Sois sus emisarios? ¿Acecha él allá?

El hombre bajo hizo un intento de coger el dinero aún en la mano de su compañero, falló, se dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

—¡Suelta tu lengua, desgraciado, o mi daga abrirá tu gaznate!

La mano de Dinamita, aferrando el dinero, se agitó cerca del rostro del hombre de las cicatrices; la apartó rápidamente, como en un intento desesperado de conseguir soltarse.

—¡Quieto, cachorrillo, o tendré que informar a tu amo! —gruñó el hombre de las cicatrices, e intentó agarrar la mano del hombre. Falló, trastabilló contra la mesa. El hombre regordete consiguió soltarse y desapareció en dirección a la puerta de atrás. El de las cicatrices contempló el dinero ahora en su mano como si lo viera por primera vez.

—No... no eran más que unos simples rateros —murmuró—. Nada más... —Miró a su alrededor en el momento en que la puerta se abría de nuevo, cautelosamente. La mujer llamada Wilma asomó la cabeza, entró.

—Hey —dijo—. ¿Qué ocurre?

El hombre de las cicatrices la miró parpadeando y le hizo una seña.

—Trae cerveza, muchacha —murmuró, y se volvió y medio se derrumbó en el asiento más cercano.

La puerta de atrás se abrió bruscamente; apareció Fangio, con los ojos muy abiertos.

—Hey, ¿qué...?

—Que sean dos —ladró la mujer. Se sentó frente al hombre de las cicatrices, que estaba reclinado en su asiento, con los ojos cerrados y la boca abierta. Contempló con curiosidad su desfigurado rostro.

—¿Le conoces? —preguntó secamente Fangio.

—Claro. Él y yo somos viejos amigos. —Clavó su mirada en el dinero que el borracho sostenía en su mano.

—¿Varfór? —murmuró el hombre de las cicatrices—. ¿Varfór har du gjórt det, du som var min van och brór?

—¿Por qué habla de ese modo tan raro? —Fangio frunció hoscamente el ceño.

—Es una especie de danés —dijo rápidamente la mujer—. Mi primer esposo era danés. Me cansé de oír esa especie de jerga.

—El tipo parece más bien judío —observó Fangio.

—Trae las cervezas —indicó la mujer—. Tú no eres judío, ¿verdad, cariño? —Palmeó la mano de gruesos nudillos que reposaba sobre la mesa.

—Uf, ¿has visto sus cicatrices? —gruñó Fangio.

—Era luchador —respondió la mujer—. ¿Qué es esto, una especie de concurso de preguntas y respuestas?

—No fue más que un sueño —dijo de pronto el hombre de las cicatrices. Abrió los ojos, miró vagamente a la mujer—. Solo... un sueño —repitió—. Eso es todo. Un mal sueño. Olvídalo.

La mujer palmeó de nuevo su mano.

—Seguro, cariño. Olvídalo. Wilma se ocupará de ti. Wilma tiene una habitación, cariño. Será mejor que vayamos ahí mientras aún puedes navegar.

3

En la Estación Generadora del Pasmaquoddie Superior (Experimental), una docena de senadores y representantes, el gobernador del estado, varios políticos menores surtidos, y un cuadro selecto de periodistas, estaban agrupados alrededor del secretario de Interior mientras este charlaba con el ingeniero en jefe y sus principales ayudantes delante del panel de doce metros de largo por tres y medio de alto lleno de diales y luces que parpadeaban tranquilizadamente en ámbar, rojo y verde, indicando que todo estaba listo para la primera transmisión comercial de energía radiada en la historia de la República.

—Es impresionante, señor Hunnicut —dijo el secretario, asintiendo con la cabeza—. Un gran logro.

—Si funciona —dijo secamente un senador de expresión virtuosa.

—Los técnicos nos aseguran que así será, Cy —dijo, tolerante, el secretario.

—Estoy familiarizado con la ley de la inversa del cuadrado —respondió el senador—. Ustedes no dejan de lanzar energía al aire, pero ni un uno por ciento de ella va a parar donde se supone que debe ir. ¡Es un trabajo inútil! Un desperdicio del dinero de los contribuyentes.

El ingeniero en jefe frunció el ceño mientras los periodistas tomaban notas precipitadamente.

—Senador, creo que no comprende. No estamos radiando energía, como usted lo llama..., no directamente. Erigimos un campo transportador..., algo similar a la transmisión de una emisión de trivisión. Cuando el campo tro-

pieza con un punto de demanda, es decir, un dispositivo consumidor de energía de un tipo sintonizado con la señal, se produce un impulso de vuelta, un eco...

—El senador conoce todo esto, señor Hunnicut —intervino el secretario con una sonrisa indulgente—. Está hablando para la prensa.

Un hombre con una bata manchada de aceite se acercó y le mostró al ingeniero en jefe una tablilla. Este asintió y miró el reloj de la aséptica pared blanca.

—Dos minutos para la hora cero —dijo el secretario—. ¿Todo sigue yendo normalmente?

—Sí, señor secretario —dijo el técnico, luego se retiró bajo la fría mirada del dignatario.

—Todos los sistemas funcionan —dijo Hunnicut, haciéndolo oficial—. No veo ninguna razón por la que no debamos conectar según el plan previsto.

—Piensen en ello, caballeros. —El secretario se volvió hacia los legisladores e, incidentalmente, hacia los reporteros—. Potencia en bruto, arrancada del corazón mismo del átomo, y dominada aquí, aguardando la llamada que la enviará rezumando a los hogares y fábricas de los Estados Unidos...

—En estos momentos solo estamos facilitando energía a unas pocas instalaciones gubernamentales y sistemas de utilidad pública —aclaró Hunnicut—. Todavía se trata de una operación piloto.

—... para liberar al hombre de su trabajo ancestral, haciéndole entrar en una nueva era de autorrealización e ilimitada promesa...

—Sesenta segundos —dijo secamente una voz desde un altavoz en el techo—. Conexión automática.

—Procedan —dijo Hunnicut.

Los hombres aguardaron en silencio mientras la segunda manecilla del enorme reloj avanzaba como una guadaña segando el minuto final de una era.

4

El hombre de las cicatrices estaba tendido de espaldas en la estrecha cama, durmiendo con la boca abierta. Su rostro, en la relajada respuesta a su profunda embriaguez, era un asolado campo donde se habían luchado, y perdido, innumerables batallas hacía mucho tiempo.

La mujer llamada Wilma permanecía de pie al lado de la cama, contemplándole a la luz de la lámpara sin pantalla de encima de la mesa. Se tensó cuando la luz osciló, disminuyó; las sombras se cerraron sobre la destartada habitación; luego la lámpara volvió a parpadear y recobró todo su brillo. La mujer dejó escapar el aliento que había estado reteniendo, disipado su momentáneo pánico.

—Claro, en la tele hablaron de que esta noche iban a cambiar a la nueva radioenergía —murmuró, medio en voz alta. En la cama, el hombre de las cicatrices se envaró; hizo una mueca y agitó la cabeza de lado a lado. Gruñó, suspiró, volvió a quedar inmóvil.

Wilma se inclinó sobre él; sus manos se movieron diestramente, registrando sus bolsillos. Estaban vacíos, pero halló el fajo de billetes metido bajo la manta doblada que le servía de almohada. Mientras lo retiraba, contempló el rostro del hombre. Sus ojos estaban completamente abiertos y la miraban fijamente.

—Yo..., solo te estaba arreglando la almohada —dijo ella.

Él se sentó con una brusquedad que la envió tambaleándose hacia atrás, aferrando el dinero en su mano.